

MONSEÑOR CARRASQUILLA

El telégrafo, tal vez con algún atraso, ha traído a Los Angeles la triste noticia de la muerte de persona tan ilustre. Noticias como ésta, a través del océano, cuando estamos lejos de la Patria, pero con los ojos siempre fijos en sus lejanas costas, azules y perfumadas, sumen el espíritu en el más profundo desaliento. Para nosotros es singularmente dolorosa esta pérdida, porque la sombra del noble maestro, plácida y severa a la vez, aparece en los actos más serios de nuestra vida; porque se escriben con lágrimas, que son fuentes abiertas en nuestras propias venas.

Cuando en 1891 apareció por primera vez el doctor Carrasquilla en los umbrales del Colegio del Rosario, tenía treinta y cinco años y estaba en todo el esplendor de su juventud y de su ciencia. Había pasado su niñez en el Liceo de la Infancia, fundado por su eximio padre, don Ricardo Carrasquilla; había bebido miel en la rica colmena de los poetas latinos; había gustado la sustanciosa savia de los historiadores romanos, como Tácito, y sobre todo, había afilado su pluma de filósofo en las garras de Santo Tomás de Aquino. La Academia Colombiana de la Lengua, que era entonces un cenáculo de sabios, lo había acogido en su seno con victoriosos aplausos, y era la encarnación viviente del orador sagrado en pleno apogeo. Semejante a los vencedores en el ágora, todos veían en su frente alta y despejada la cúspide más digna para cubrir con coronas de laureles, y a todo esto se añadía que por línea directa llevaba en sus venas sangre así de héroes como de próceres. Había oído desde niño en su propio hogar las disertaciones de los más altos varones consulares de la república y pertenecía a la sociedad de más refinada cultura.

El momento en que el doctor Carrasquilla fue nombrado Rector del Colegio del Rosario era sin duda el más propicio de todos. Tras largos combates en la prensa y en la cátedra, no menos que en batallas sangrientas, un nuevo gobierno, un nuevo régimen, nuevos hombres sustituían a los que habían gobernado a la república hasta entonces. Era el momento de las grandes esperanzas, de los bellos ideales, de las soñadas realizaciones; y en el luminoso desenvolvimiento de las nuevas instituciones, él debía ser el varón epónimo que con la llama de su patriotismo, el brillo de su elocuencia y las intuiciones de su talento habría de conducir a las nuevas generaciones a la meta prometida.

El Colegio del Rosario se adaptaba de un modo maravilloso a las aspiraciones de su genio. Era un instrumento de admirable delicadeza que sólo necesitaba el artista eficaz que habría de ponerlo en movimiento para producir extraordinarias e imprevistas combinaciones. Fábrica tan portentosa había sido ideada a mediados del siglo XVII por el doctor y maestro sapientísimo Fray Cristóbal de Torres, Arzobispo de Bogotá, ilustre prelado en cuyos estudios se adivinaban los destellos del Renacimiento. Tres cosas seducían al doctor Carrasquilla para hacer en el Colegio del Rosario una óptima labor. Eran en verdad tres modalidades que convergían en un punto y estaban en perfecta consonancia con su carácter y sus estudios. El antiguo y sabio instituto debía ser, en concepto de su fundador, seminario para sacar fuera la doctrina de Santo Tomás de Aquino; sus constituciones habían sido cítelegía de patriotismo para los próceres de la Independencia, y era un claro hogar destinado a educación de caballeros. En cuanto al primer punto, ya lo hemos dicho que la medula de león de la doctrina tomista era el alimento que lo había nutrido en sus primeros años; en cuanto al segundo, la

sangre de Nariño palpitaba en sus sienas y su amor a la República era tan vivo como el fervor con que llevaba el Crucifijo que acariciaba en su pecho, y por último, era a su manera un aristócrata para quien la religión, la ciencia y la limpieza de sangre, si llegaban a encontrarse reunidas, constituían el ideal del caballero sin miedo y sin tacha.

No es la hora de estudiar la obra filosófica de Monseñor Carrasquilla en estas líneas; pero el que lo haga más tarde verá que en todo lo que dejó escrito hay tal trabazón entre las partes y el todo, tan perfecto equilibrio en las ideas, tanta congruencia en su íntima ejecución, que no hay nada que no aparezca en sus escritos y en sus obras como resultado de un máximo principio dirigente.

Pero si la obra del doctor Carrasquilla en el campo de la filosofía y de las letras, es un dechado de preciosa labor que nos seduce y subyuga, como patriota y como ciudadano de un pueblo libre, su ilustre y severa figura de repúblico se impondrá siempre a la admiración nacional. Tiene su procera fisonomía todos los rasgos de esos hombres cuyas efigies, grabadas en granito, imponen silencio a través de las edades a los que intentan manchar la túnica de la república. Los dos nobles timbres de repúblico y de sacerdote católico se armonizaron tan felizmente en su vida, que no parecían dos cosas de orden diferente, sino dos cualidades que se complementan y se funden.

Puede decirse que en el régimen interno del Colegio del Rosario no se hizo otra cosa que preparar a los jóvenes para el ejercicio de la ciudadanía. En el ascenso de los estudiantes a los primeros puestos del Colegio no se tuvo otra mira que enaltecer la virtud y el mérito. Jamás en ese gimnasio de noble luchar tuvieron suerte ni el favor ni la intriga. Los innumera-

bles jóvenes que de todos los horizontes de la república llegaban al Colegio del Rosario, en busca del pan de la sabiduría, que en sus aulas sólo había unas solas armas con que triunfar: el esfuerzo y la disciplina.

Desde que Monseñor Carrasquilla traspuso los umbrales del Colegio de Fray Cristóbal las emulaciones políticas desaparecieron en él para siempre. Este instituto no podía ser propiedad de ningún partido militante ni de ninguna facción. Era un solar de la patria, el más alto y austero de todos, a cuyos beneficios todos los jóvenes tenían derecho por igual. Ni el rector ni los catedráticos se preocuparon nunca por saber las opiniones políticas de los estudiantes, y fueron quizás liberales los que en mayor número merecieron las más elevadas distinciones. Esta conducta generosa y prudente del doctor Carrasquilla no pudo verse sin inquietud por gentes de obscuro criterio. Un infeliz cacique boyacence, célebre en las crónicas políticas de las casas curales, se dió a propalar la burda especie de que el Colegio del Rosario se había convertido en una fábrica de hacer liberales, y aun trató de impedir la expedición de una ley de recursos para el Colegio. Con la resistencia y la constancia de un varón justo Monseñor Carrasquilla resistió en silencio los ataques de hombre fá-
nático, sin que de sus labios se escapara nunca ni la menor censura.

El que por primera vez atraviesa las puertas del Colegio del Rosario comprende al instante que allí hay algo sagrado, algo como las ocultas cenizas de algún héroe o algún santo que en silencio preside con sus manes piadosos todas las actividades de los seres que allí viven. A darle este carácter hermoso y venerando contribuyó tal vez como el que más el doctor Carrasquilla. Inscripciones concisas, que tienen toda la severidad de un bronce latino, decoran sus muros. Son obra

Sabiana

13

del Rector que ha desaparecido, y en ellas se conmemora la virtud y la abnegación de los eximios varones que en la quietud de esos claustros se prepararon para la más severa y segura de todas las cátedras: el martirio. En el Colegio del Rosario el amor a los próceres de la Independencia se revistió con la pompa sencilla de un culto, con lo cual se enaltecía en el alma de los jóvenes el sentimiento de la patria y se afianzaba el respeto a la república y a las leyes que emanan de ella.

Entre tanto que el eximio Rector del Colegio del Rosario iba ascendiendo a la cumbre de la vida y a la plenitud de sus fuerzas mentales, sobrevinieron para la república y para él que tanto la amaba, larguísimas horas de intensa pesadumbre. Apenas estalló en 1899 la guerra grande, el gobernador de Cundinamarca, entonces don Marceliano Vargas, ordenó que el edificio del Colegio le fuera entregado en el breve término de veinticuatro horas a las milicias que empezaban a organizarse. Así se hizo; y en el cortísimo término que se concedió para convertir en cuartel aquellos muros sagrados no se alcanzó a salvar la biblioteca ni su valiosísimo archivo. Feroz como una horda de bárbaros la soldadesca destruyó una parte de los preciosos libros y manuscritos que la componían; y no pocos de los más preciosos documentos, muchos referentes a la vida de los próceres, brillo del Colegio, sirvieron para vulgares menesteres de los soldados. Acíbar bebió en ese tiempo el doctor Carrasquilla; pero él nada podía contra la furia de los hombres, más terrible que la pica del tiempo y los ciegos cataclismos de la naturaleza.

Y para colmo de las angustias de este gran patriota y gran ciudadano, vino el 31 de julio.

Para un tan insigne repúblico como el doctor Carrasquilla, para un filósofo como él, la violación de un principio tiene el carácter de una profanación religiosa. Un político puede acaso capitalar con su conciencia en

la urdimbre de las complicaciones de la vida de los partidos; un moralista benévolo puede ampararse en las sutiles redes de la casuística para disculpar el cumplimiento de una obligación. Para el filósofo no hay más criterio que el de la lógica, la *suprema ratio*. Tal era la situación del doctor Carrasquilla el 31 de julio. A él no le tocaba, como no nos toca a nosotros, analizar los móviles, tal vez algunos plausibles, para este hecho de tan largos desenvolvimientos. Es que la gran guerra invertía todas las cosas. Lo único cierto es que la base en que se asentaba el partido conservador quedaba destruida; el *Syllabus* pasaba a la categoría de los papeles inútiles y la doctrina de los hechos cumplidos, que entonces se invocaba, estaba anatematizada por los pontífices. Sólo él casi en medio del clero reprobaba el hecho. No se oyó la voz del señor Arzobispo ni de ningún sacerdote para aliviar el dolor del ilustre cautivo; y ahora, en que no estaba comprometido ningún principio divino ni humano, se vio a muchas personas eclesiásticas disidentes bajar a la arena de la política para luchar hombro a hombro con los jayanes.

Una ocasión, apenas pasado el movimiento de que hablamos, Monseñor Carrasquilla y yo nos encontramos por casualidad en la casa de don Miguel Antonio Caro. El 31 de julio había sacudido con toda su violencia el alma de estos dos grandes hombres. El señor Caro, con ademán lleno de indignación, se paseaba en la sala. El doctor Carrasquilla descansaba en un sillón. Uno y otro por turno, casi interrumpiéndose, lanzaban contra los conspiradores sentencias de los Salmos, del *Dies Irae*, de la Apocalipsis, y a mis oídos golpeaban sin descanso, con furor, un huracán de palabras de la lengua latina.

Más tarde el gran patricio vio con el corazón lleno de tristes presentimientos cómo asomaba su cabeza de Medusa la dictadura del general Rafael Reyes. Ni un

sólo instante fue partidario del dictador. Era que este había roto los apretados y férreos eslabones de nuestra tradición republicana, y entre tanto que a lo lejos se oían los redobles de la dinamita abatiendo las rocas para dar paso al ferrocarril de Girardot, una ruidosa banda de esbirros rodeaba el coche del presidente por la tarde; el espionaje y la delación en forma vil y desesperante humillaba el espíritu nacional, y en las bacanales de la más abyecta adulación se hundía la majestad de Colombia.

Cuando se estudie a fondo la vida ordenada, armoniosa y fecunda de Monseñor Carrasquilla, se podrá comprender todo lo que la república le debe al noble maestro. En torno de su afable figura había un ambiente refrescante de vigor nacional. El, que consideraba el Colegio del Rosario como la cuna de oro y diamantes de la república, tenía que formar por fuerza buenos ciudadanos. El contribuyó como ninguno a que en la juventud se extinguieran los odios que dividían a los colombianos, sin pretender que desaparecieran los partidos políticos. Quiso que las luchas de éstos fueran torneos de caballeros; no hizo distinción ninguna entre judíos y samaritanos, rindió pleito homenaje a hombres de otras ideas, como a don Juan Manuel Rudas y a don Nicolás Esguerra, y será su sombra augusta e impalpable la que presida en el capitolio nacional, en no lejana fecha, cuando el partido conservador marque con piedra blanca la más severa de todas sus jornadas.

Dos palabras íntimas, muy íntimas para terminar este efímero recuerdo.

¿Con qué caudal de gratitud le pagaremos al generoso maestro que en los días oscuros de una imprenta recogió nuestra adolescencia sin apoyo para señalarle el camino de la ciencia y el deber? ¿Con qué frases de ternura recompensaremos al que con una lágrima de fe-

licidad bendijo en los altares la realidad de un ensueño de amor? ¿Con qué clase de homenaje le tributaremos honor al que se asoció a todos nuestros humildes triunfos y a todos nuestros sufrimientos? ¿Cómo enalteceremos la firmeza y constancia de su amistad, cuando hombres malos quisieron enagenárnosla? Pobre es el corazón en tesoros para salvar las cuentas de aquellos que nos amaron en la vida; escaso es el manantial de nuestros ojos para cubrir estas tumbas recién abiertas.

LUIS MARÍA MORA

Los Angeles, marzo de 1930.

(De *Lecturas dominicales*).

HOMENAJE DE ADMIRACION

Only the actions of the just
Smell sweet and blossom in
their dust.—SHIRLEY.

Se ha cumplido ya un mes desde que Monseñor Carrasquilla, al rendir la jornada de su meritoria existencia, dejó al ilustre Colegio del Rosario, a Bogotá, su digna tierra natal y al país entero sumidos en el más profundo sentimiento. Para comentar el triste suceso de su muerte, que marca, en mi sentir, el derrumbamiento de una época grandiosa en la historia política, literaria y científica de Colombia, se han esgrimido las bien tajadas plumas de los numerosos discípulos y admiradores del eximio maestro. Aunque el más oscuro y el menos llamado entre ellos, también yo quiero consagrarle hoy un recuerdo acendrado de afecto y gratitud, uniendo mi voz al coro armonioso de quienes, con inspiración y destreza, han tejido el panegírico del glorioso sacerdote en la hora meditativa de la apoteosis. Bien veo que para hablar de varón tan sabio y bueno, sin salir desairado, sería de justicia entresacar de lo